

# Bibliografía

## LA POLITICA AGRICOLA EN EL DESARROLLO ECONOMICO

*Agricultura. Documento de trabajo sobre el sector*, Banco Mundial, Washington, D. C., 1972, 99 pp. y cuadros.

Prosiguiendo la publicación de informes preparados por sus expertos técnicos con base en las estadísticas proporcionadas por los diferentes países —las cuales corresponden en casi todos los casos a los años 1970-1971— el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento acaba de dar a conocer el relativo a la agricultura. Se trata de un estudio del papel que la agricultura desempeña en la política económica general, evaluando su contribución al logro de los objetivos fundamentales del desarrollo: aumento de la producción y de las exportaciones, incremento de las oportunidades de empleo y una mejor distribución del ingreso.

Es obvia la importancia esencial que tiene la agricultura en los países en desarrollo, pero es que, además, en ella radican las posibilidades de un crecimiento armónico general. Por un lado, ofrece favorables perspectivas a la inversión porque, mediante la utilización de las nuevas tecnologías, sus rendimientos pueden llegar a ser considerables, y, por otro, porque existen zonas en las que lo más económicamente viable para el bienestar de sus moradores estriba, por ahora, en impulsar al máximo las actividades agrícolas con la adopción de medidas, no sólo técnicas, sino de profundo contenido humano que tiendan a evitar la supervivencia de grandes masas de población mal alimentadas y carentes de los más indispensables elementos sanitarios y culturales. No hay que olvidar que la agricultura es el sector que proporciona empleo a la mayor parte de la fuerza laboral, por lo general entre el 50% y el 80% que comprende la mayoría de la población pobre y que los alimentos y las fibras que son productos del sector agrícola, figuran en primera línea entre los bienes que la población de escasos medios reclama en mayor

cantidad a medida que sus ingresos aumentan. Asimismo, en los países que no disponen de minerales susceptibles de explotación, los ingresos de divisas por concepto de las exportaciones agrícolas son a menudo de importancia crítica para el desarrollo.

Según las proyecciones en que se basa el Plan Indicativo Mundial Provisional para el Desarrollo Agrícola (PIM), preparado por la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), la población total de los países en desarrollo aumentará de 1 720 millones en 1970 a 2 515 millones en 1985. Se estima que para atender el incremento de la demanda interna de alimentos que se producirá como resultado del crecimiento de la población, y de la elevación de los ingresos de la producción de alimentos tendrá que crecer a razón del 4.3% anual durante el período de 1967-1985. La parte comercializable de la misma habrá de aumentar con mayor rapidez todavía, en un 5% a 6% anual, a causa de la urbanización creciente. Aun cuando el aumento de los ingresos sea menor, la demanda de alimentos seguirá creciendo rápidamente, ya que la mayor parte de dicho incremento (alrededor del 70%) se deberá al crecimiento de la población.

A juicio de los expertos del Banco, el progreso material en el campo se apoya en los avances de la tecnología, que han sido enormes en los últimos tres decenios y que alcanzaron a los cultivos comerciales, particularmente los de exportación, obtención de variedades de palmas oleaginosas de alto rendimiento, el empleo de técnicas de propagación vegetativa en la producción de caucho y de té, desarrollo de distintas variedades de algodón y su adaptación a las necesidades de los procesos industriales. Se han mejorado mucho los métodos de cultivo y se ha logrado una amplia aceptación de los fertilizantes, plaguicidas y herbicidas químicos, creados a menudo especialmente para determinados cultivos y condiciones ambientales. También en la producción pecuaria se han hecho notables progresos tecnológicos, incluso en los climas tropicales y semitropicales; se ha conseguido aumentar la producción mediante control de la sanidad ani-

mal, el empleo de leguminosas tropicales para mejorar los pastos y el cruce del ganado local con razas más resistentes a las enfermedades y a los insectos.

Se refiere luego a la llamada "revolución verde" y señala que el empleo de nuevas variedades de cereales de gran rendimiento se ha extendido con notable rapidez en México y algunas partes del Asia meridional y sudoriental y, en menor medida, en el Medio Oriente y en el norte de África. En Asia, el Medio Oriente y el norte de África no comenzó hasta 1965-1966 y, sin embargo, en 1970 esas variedades ya se habían sembrado en 10 millones de hectáreas, o sea, el 22% de la superficie dedicada a trigo de los 14 principales países, productores de este cereal. En ese mismo año se habían planteado con variedad de arroz de alto rendimiento otros 10 millones de hectáreas, equivalentes al 13% de la superficie total dedicada a ese cultivo en 12 países. La disponibilidad de la nueva tecnología fue una condición necesaria, pero no suficiente, para que se produjera la "revolución verde"; también fue preciso implantar cambios en las políticas y prioridades gubernamentales con el fin de ofrecer mayores incentivos para la utilización de técnicas modernas, pero si se quiere promover el crecimiento económico mediante una mayor diversificación de la producción agrícola, será necesario realizar un volumen considerable de inversiones en actividades de investigación y divulgación y en la infraestructura de la comercialización.

Se examina a continuación el punto referente a las exportaciones y se indica que en tanto las perspectivas de exportación de algunos productos agrícolas no son precisamente alentadoras, las de otros son bastante buenas. En este último grupo se encuentran la carne, los cereales forrajeros, algunas clases de pescado, las frutas y hortalizas, la madera y el papel y productos afines. Algunos de esos productos pueden llegar a escasear, a menos que los países en desarrollo exploten eficazmente su potencial de producción; sin embargo, es notorio que podrían incrementar sus ingresos de exportación si se encargaran ellos mismos, en mayor medida, de la elaboración de sus materias primas; por ejemplo, podrían exportar harina y aceite en lugar de semillas oleaginosas, textiles de algodón en lugar de borra, y alimentos envasados o congelados en lugar de productos frescos. Sin embargo, la evolución en ese sentido requiere tanto un mejor acceso a los mercados de los países desarrollados como mayores inversiones en capacidad de elaboración y la eliminación por parte de los países desarrollados de algunas de las actuales medidas de protección y subvenciones, lo que estimularía a sus agricultores a abandonar el cultivo de determinados productos, ya que resulta más económico importar de los países en desarrollo.

En lo que respecta al empleo, se precisa una vez más que el crecimiento económico suele ir acompañado de una disminución de la importancia relativa de la fuerza laboral agrícola. Sin embargo, a causa del rápido crecimiento demográfico, en muchos países el número absoluto de personas disponibles para su empleo en la agricultura aumentará en el futuro previsible. Las últimas proyecciones de la FAO indican que entre 1970 y 1985 la población agrícola de África oriental aumentará en un 31% (de 80 a 105 millones), la de Asia meridional en un 24% (de 490 a 606 millones), y la de América Latina en un 14% (de 118 a 135 millones). Una política de creación de puestos de trabajo en las zonas rurales ha de contribuir a que disminuyan la migración del campo a la ciudad y los costos sociales y

privados que ésta entraña. Por otra parte, es muy difícil reducir el desempleo urbano creando más puestos de trabajo en las zonas urbanas si el subempleo y el bajo nivel de ingresos siguen siendo características de la agricultura.

La población rural pobre se compone de muchos millones de agricultores de subsistencia, pequeños agricultores, jornaleros y sus familiares. Su pobreza se debe a que su nivel de productividad es bajo, ya que poseen medios escasos, tanto en forma de tierras como de bienes de capital. Los programas encaminados a aumentar la producción agrícola mediante el empleo de técnicas modernas benefician especialmente a las personas sin recursos de las ciudades, ya que contribuyen a mantener bajos los precios de los artículos de primera necesidad, pero no siempre ayudan a las gentes del campo; las políticas de subvención para propiciar la aceptación de técnicas nuevas tal vez conduzcan al ahorro de mano de obra con aumento de la producción (por la introducción de nuevos medios mecánicos), pero pueden ser perturbadoras, ya que si los incrementos de producción resultantes no van acompañados de aumentos de la demanda los precios de los productos agrícolas tenderán a bajar, de forma que no se mejorará la situación de los agricultores; una estrategia de desarrollo que haga especial hincapié en el empleo más adecuadamente remunerado beneficiará a los pequeños agricultores, ya que un número mayor de ellos o de los miembros de sus familias podrá obtener ocupación y será menor el subempleo de los que permanezcan en la explotación agrícola. Pero será preciso, además, adoptar programas encaminados específicamente a aumentar la productividad y los ingresos de los agricultores y jornaleros; a darles a conocer los nuevos métodos de producción y facilitarles los medios para ponerlos en práctica mediante, por ejemplo, mejores facilidades de crédito y servicios de comercialización, no olvidando que no basta eliminar, mediante la reforma agraria, lo que a menudo es una estructura social semifeudal, si ésta no se sustituye con otra estructura de la que no esté ausente la ayuda técnica y económica del Estado.

Después de examinar algunos de los problemas más destacados de la política agraria: la necesidad de utilizar en forma adecuada el sistema de precios para los productos del campo y sus íntimas conexiones con los problemas de empleo y con otras implicaciones de carácter social, trata el estudio de las pequeñas explotaciones y señala que el nivel medio de inversión por familia agrícola en un grupo seleccionado de proyectos financiados recientemente por el Banco Mundial ha sido de 1 100 dólares. Este nivel de inversión no puede mantenerse en un mundo en el que hay más de 100 millones de familias que viven de pequeñas explotaciones agrícolas. El total de inversiones en el sector agrícola de los países en desarrollo se calcula en 7 000 a 10 000 millones de dólares al año, lo que representa menos de 100 dólares por cada una de esas familias, suponiendo que toda la inversión fuera destinada a ellas. A juicio de los investigadores del Banco se requiere un esfuerzo considerable para preparar y ejecutar planes para el desarrollo del sector de las pequeñas explotaciones agrícolas. Rara vez resulta útil ofrecer únicamente créditos, sin proporcionar también las demás facilidades complementarias, tales como servicios de divulgación e infraestructura de comercialización (incluidas las carreteras e instalaciones conexas, además de los organismos de comercialización).

Expresa, por último, sus dudas respecto a la eficacia de algunas reformas de la tenencia de la tierra y considera que los

gobiernos deben actuar con cautela para evitar las perturbaciones que la producción pueda sufrir en las etapas iniciales. En algunos casos, los gobiernos, cediendo a las presiones a favor de la reforma agraria, pero sin ningún deseo de tomar medidas eficaces, han promulgado leyes puramente simbólicas. Ahora bien, ese subterfugio político contribuye normalmente a empeorar la situación existente ya que los propietarios adoptan medidas de evasión o defensa, en detrimento de la producción y de las posibilidades de empleo de los arrendatarios y trabajadores rurales.

Los préstamos directos del Banco destinados a la agricultura se han acelerado rápidamente en los últimos años. El 30 de junio de 1971, su volumen total acumulativo ascendía aproximadamente a 2 500 millones de dólares. Hasta principios de la década de 1960 no se reconoció cabalmente la importancia de la agricultura para el desarrollo económico general, y esa actitud tendió a limitar el alcance de las operaciones del Banco en el sector. Por ejemplo, en el período correspondiente a los ejercicios de 1947/48-1962/63, los préstamos del Banco destinados a la agricultura ascendieron tan sólo a 628 millones de dólares, suma que abarcaba 71 proyectos y representaba el 8,5% del total de sus préstamos. En 1963 el Banco decidió incrementar su apoyo al desarrollo agrícola. Ese aumento se vio facilitado por el establecimiento de la Asociación Internacional de Fomento (AIF) en 1960, que hizo posible ampliar las actividades en países particularmente pobres, en los que el desarrollo agrícola era con frecuencia de suma prioridad.

Las tentativas de aumentar el apoyo a la agricultura se vieron abstuclizadas inicialmente por la falta de proyectos bien preparados, y el Banco comenzó a prestar cada vez más asistencia para la determinación y preparación de proyectos. Como consecuencia de ello, el nivel de sus préstamos directos para el desarrollo agrícola durante el quinquenio correspondiente a los ejercicios de 1963/64-1967/68 fue casi igual al que se había registrado durante los 16 años anteriores: aproximadamente 600 millones de dólares destinados a 46 proyectos. La participación de la agricultura en el total de las operaciones crediticias del Banco se elevó a 12 por ciento.

En 1968 el Banco decidió acelerar aún más su financiamiento para la agricultura. A ese efecto se fijó la meta de que éste alcanzara un total de 2 400 millones aproximadamente en el quinquenio correspondiente a los ejercicios de 1968/69-1972/73, lo que representa una suma cuatro veces mayor que la registrada en el anterior quinquenio y a fines del ejercicio de 1970-71, transcurrido el 60% del período (o sea tres años), se había alcanzado aproximadamente el 50% de la meta meta fijada.—ALFONSO AYENSA.

## EL "IMPASSE" DE LA INTEGRACION CENTROAMERICANA

*Autonomy or Dependence as Regional Integration Outcomes: Central America*, PHILLIPPE C. SCHMITTER, Berkeley, Institute of International Studies, Research Series núm. 17, 86 pp.

Si 1950 fue el decenio de las aspiraciones de los defensores de la integración económica y política en Centroamérica y 1960 el de la utilización de los tratados, parece que el decenio de 1970

será el período de una nueva determinación, centrándose en la búsqueda de explicaciones acerca de las numerosas negligencias padecidas por el movimiento de integración.

Con el fracaso de sus esfuerzos iniciales, motivado por numerosos impedimentos, los dirigentes del movimiento y sus teóricos académicos han intentado resolver el enigma de la integración procurando dilucidar por qué han fracasado. Hasta la fecha, la mayoría de los observadores han vuelto a examinar la dinámica interna del proceso de integración en sí mismo y las estructuras políticas y económicas de los estados miembros en búsqueda de respuestas, y nos han informado que, entre otras cosas, los elevados costos imprevistos, la "alta política" de algunos asuntos, un nacionalismo poco entusiasta y la incapacidad administrativa, han contribuido a perjudicar la integración.

Con menos frecuencia se han mencionado los daños que el proceso de integración ha sufrido por actores externos, principalmente Estados Unidos. Además, conforme aumentan las frustraciones de los integracionistas, crecen las censuras de los mismos hacia Estados Unidos, práctica común entre los latinoamericanos en tiempos de crisis internas. Sin embargo, a pesar de sus orígenes, este cargo no puede pasar inadvertido por los teóricos de la integración que intentan explicarse los crecientes problemas que enfrentan los centroamericanos.

Afortunadamente Phillippe Schmitter, cuyos trabajos sobre la integración latinoamericana son bien conocidos, se dedica, en su última monografía, al problema de la penetración externa. No contento con meras aserciones, ni encarándose al problema como si fuera teórica y sustancialmente inconexo, Schmitter lo enfrenta directamente, usando el Mercado Común Centroamericano como caso de ensayo. Desafortunadamente, algunos han desechado este libro, viendo en él tan sólo una confirmación de que Estados Unidos, como consecuencia de su enorme poder político y económico, ejerce una poderosa influencia en los asuntos internos de las pequeñas y extremadamente vulnerables naciones centroamericanas. Tal interpretación sería injusta con el estudio de Schmitter, puesto que el autor hace más que reforzar esta sabiduría convencional. En primer lugar, verifica empíricamente el impacto norteamericano en las distintas arenas políticas de la integración, partiendo de proposiciones y aseveraciones y, lo que es más importante, explora los eslabonamientos y variaciones concomitantes entre la conducta de los actores extranjeros y los centroamericanos.

El estudio se concentra en una de las mayores amenazas para la integración: la *penetración externa* —intentos de los poderes extrarregionales para tomar ventaja de las oportunidades regionales nuevamente creadas— y en uno de los principales objetivos de la integración, la *política de exteriorización* o sea la colaboración regional para corregir la asimetría existente en el poder, el bienestar y la riqueza entre Centroamérica y los centros dinámicos y hegemónicos del mundo. Schmitter examina la relación existente entre estos dos fenómenos contradictorios, pues quiere conocer la forma en que están eslabonados, si el cambio en uno provoca virajes concomitantes en el otro y si, en contraste, el cambio en uno retrasa al otro, por ejemplo, si un aumento de la penetración externa reduce la *política de exteriorización*. Compara inicialmente la penetración de Estados Unidos a través del comercio, la inversión y la ayuda antes y después de la iniciación de la integración económica, y aunque reconoce que numerosos factores son importantes para la expansión de la

penetración norteamericana durante el último período, concluye en que la integración regional no ha impedido ciertamente la expansión de la penetración y que, aún más, esta penetración de un poder externo “tal vez haya disminuido más que aumentado las perspectivas para la integración política centroamericana”.

En suma, parece que los centroamericanos se encuentran atrapados a sí mismos en una situación en la cual su dependencia del capital extranjero para estimular el desarrollo económico les ha costado la pérdida de su poder de autodeterminación regional y nacional, conforme Estados Unidos, prescindiendo de sus buenas intenciones, ha penetrado la región con su abastecimiento de capital vitalmente necesario. En seguida, Schmitter examina la política regional de exteriorización especialmente al través de varios intentos poco felices para regular el capital extranjero y unificar la política de exportación, a lo cual sigue un análisis de la cohesión de las políticas extranjeras centroamericanas reflejada principalmente con el voto en las Naciones Unidas de los cinco estados miembros.

Schmitter termina su análisis concluyendo en que mientras ha habido algún avance en la política de exteriorización, el resultado global es asimétrico y de dependencia acumulativa de los centroamericanos hacia Estados Unidos. En otras palabras, la penetración de Estados Unidos ha aumentado más rápidamente que la exteriorización política centroamericana, resultado opuesto a los intentos de los integracionistas.

El estudio comentado viene pues a constituir otra nota pesimista a la ya de por sí sombría perspectiva para el futuro de la integración centroamericana. Puesto que es un sencillo estudio de un caso, debemos preguntarnos si estos resultados se deben a una relación idiosincrásica entre Centroamérica y Estados Unidos o si el resultado sería el mismo en otros estados pequeños, subdesarrollados, asimétricamente dependientes.

En resumen, Schmitter arroja alguna esperanza en su observación de que los centroamericanos han comenzado a preguntarse a sí mismos si la integración regional merece realmente un esfuerzo. Pero mientras podemos animarnos por su rechazo de la creencia de que la integración resolverá los problemas de su desarrollo, éstos, no obstante, permanecen tan irresolubles como hace un decenio.—GARY W. WYNIA.

## UNA ALTERNATIVA POLITICA RADICAL PARA VENEZUELA

*¿Socialismo para Venezuela?*, TEODORO PETKOFF, Editorial Fuentes, Caracas, 1a. edición, 1970; 3a. edición, 1972, 165 pp.

Por varias razones, este polémico ensayo económico-político de Teodoro Petkoff, publicado originalmente a mediados de 1970, constituye uno de los textos más interesantes y dignos de análisis para quienes preocupan la evolución política de Venezuela y, en un contexto más amplio, la de América Latina. Algunas de esas razones son las siguientes: el autor es uno de los militantes de la extrema izquierda más conocidos en Venezuela y América Latina y ha mantenido siempre una actitud consecuente con sus planteamientos ideológicos y políticos; por otra parte, y quizá de mayor importancia, el libro fue conce-

bido originalmente para ser discutido en el seno de alguna reunión del Partido Comunista venezolano, agrupación que en la actual administración venezolana fue legalizada y se reincorporó plenamente a la actividad política del país, pero sus tesis resultaron demasiado heterodoxas y, a partir de la discusión de las mismas, se produjo una escisión en el PC venezolano que a la postre condujo a la organización de un nuevo agrupamiento político de izquierda en el panorama político venezolano: el Movimiento al Socialismo, que participa con candidato propio en la actual campaña electoral y que está en vías de obtener el registro como partido político nacional. En este sentido, el libro de Petkoff —cuya tercera edición aparece precedida por un largo prólogo actualizador escrito por otro de los líderes del MAS, Pompeyo Márquez, puede ser considerado como la “partida de nacimiento” de la más nueva y, para no pocos observadores, la más vigorosa de las corrientes políticas de izquierda de Venezuela. Finalmente, pero no de menor importancia, buen número de las tesis planteadas por Petkoff arrojan luz que puede contribuir al examen de la situación económica y política de otros países latinoamericanos.

El objetivo formal del ensayo de Petkoff es dar respuesta al interrogante que le sirve de título. Empero, más importante que la respuesta en sí es el desarrollo del análisis que permite a Petkoff afirmar que es viable la perspectiva de un desarrollo socialista para Venezuela. Es un desarrollo analítico orientado a poner de relieve los aspectos negativos del actual sistema económico y político de Venezuela, con el ánimo de demostrar que su desarrollo a largo plazo no es viable y que, por contra, es viable un camino distinto: el que Petkoff propone o quizá algún otro.

Desde el punto de vista económico, Petkoff define al sistema económico venezolano como un “capitalismo dependiente, asociado, deformado (y deforme)” (p. 64), acudiendo para arribar a este diagnóstico al conocido esquema teórico desarrollado por André Gunder Frank (especialmente en *The Development of the Underdevelopment*, su famoso texto publicado en casi todo el mundo) para caracterizar al capitalismo subordinado, o subcapitalismo. (Por cierto, en ningún momento se reconoce explícitamente la aportación de Gunder Frank al tipo de análisis que Petkoff hace de la situación de Venezuela.) (También entre paréntesis, valdría la pena reflexionar sobre la extraordinaria suerte con que han corrido ese y otros textos de Gunder Frank entre los economistas y científicos sociales radicales de América Latina, quienes han aprovechado muchos de los conceptos y herramientas analíticas desarrolladas por Gunder Frank, quizá en mayor medida que los de cualquier otro pensador contemporáneo.) Este diagnóstico de Petkoff se opone al tradicional del PC venezolano, formulado muchos años antes, con un conocimiento mucho más imperfecto de la forma de operación de la economía venezolana y, sobre todo, referido a parámetros que han dejado de tener validez, como bien señala Petkoff.

Empero, es difícil hallar en el texto precisiones acerca de, por ejemplo, el grado y modalidades de la dependencia, de las formas y modo de operación de la asociación (entre empresarios nacionales y extranjeros) y de la naturaleza y dimensión de las deformaciones, que a juicio del autor caracterizan al sistema, como no sean señalamientos bastante superficiales sobre el volumen y distribución de las inversiones extranjeras; la insuficiencia dinámica del sector manufacturero, sobre todo en

términos de creación de empleos; el desarrollo hipertrofiado de los sectores terciarios. Parecería que para determinar la carencia de viabilidad a largo plazo de una estructura económica se requiere algo más que una definición sólo aparentemente lapidaria y es preciso presentar un examen de fondo de las posibilidades reales, mediante las políticas económicas adecuadas, de reducir el grado y formas de la dependencia, de obtener ventajas para el desarrollo nacional de la asociación o participación del capital extranjero y de combatir las deformaciones existentes en la estructura económica.

Un aspecto particularmente interesante del análisis de Petkoff es el que se refiere al grado de urbanización de la población y a su interinfluencia con la estructura económica y social de Venezuela. Por comodidad, se sigue pensando en los países latinoamericanos como en sociedades agrarias, aun en casos en que la población urbana es dominante. Pero, como bien advierte Petkoff, lo determinante no es la clasificación estadística urbano-rural de la población, sino el grado en que los valores (y contravalores) de la población urbana han sido imbuídos en la población rural y la forma en que, cada vez más, la población rural —especialmente los obreros agrícolas— reaccionan y se comportan económica, social y políticamente como la población urbana. Cabría anotar, en este sentido, un elemento que Petkoff no advierte: el grado en que los valores y actitudes rurales prevalecen en la población que se urbaniza pero que permanece al margen de la vida de las grandes ciudades latinoamericanas, en los ranchos de Caracas, en los jacales de México, en las callampas de Santiago. Es un fenómeno socioeconómico sumamente complejo que no puede reflejarse adecuadamente en los “coeficientes de urbanización”.

El análisis que Petkoff presenta de las interrelaciones entre la estructura económica y el poder político en Venezuela es particularmente interesante e instructivo, como también lo es su examen de los distintos grupos y estamentos sociales venezolanos, desde el ángulo de su potencial contribución a un cambio del sistema económico y político prevaleciente, con el que concluye su obra.

Es evidente que no todo mundo comparte las conclusiones del libro, que son numerosos los aspectos que, incluso por la extensión misma del ensayo, han sido tratados superficialmente, pero es también claro que el libro contribuye a esclarecer en buena medida el tipo de problemas económicos y políticos a que se enfrenta la Venezuela contemporánea y plantea con honestidad intelectual una salida para los mismos, cuya viabilidad, sin embargo, es sumamente discutible.—JORGE EDUARDO NAVARRETE.

## UN ENSAYO SOBRE UNA UNIÓN MONETARIA LATINOAMERICANA

*El Banco Central Latinoamericano. Una “utopía” en busca de su realización*, HERMANN MAX COERS, Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos (CEMLA), Serie Ensayos, México, D. F., 1972, 78 pp.

En este breve volumen se recogen los trabajos que sobre este tema publicó el Dr. Hermann Max en el *Boletín Mensual* del CEMLA, analizándose a fondo el concepto de una integración

monetaria de los países latinoamericanos y propugnando, como posible solución a los correspondientes problemas de índole bancaria, la creación de un Banco Central Latinoamericano, institución que no tendría que concentrar una gran cantidad de reservas para otorgar préstamos de balanza de pagos a los países de la zona, sino que cubriría un doble objetivo: financiar exportaciones intrarregionales —con lo que impulsaría el comercio entre dichos países— e introduciría, en el tráfico comercial de la región, el uso de una nueva moneda, el peso “latinoamericano”, divisa que, con el tiempo, podría erigirse como la moneda común de América Latina. Así, el Banco Central Latinoamericano crearía ese peso lo mismo que cualquier banco central crea el “circulante” y cualquier banco comercial el “dinero giral”. “En nuestro caso —puntualiza el autor— esta práctica técnico-bancaria de un sistema nacional se aplicaría, por primera vez, a una institución financiera internacional”, y en esto consistiría la característica específica del banco cuya fundación se propone.

Agrega el autor que aunque esta iniciativa pueda parecer utópica, se ha planteado en varias ocasiones e incluso se ha querido hacer una tentativa —política y técnicamente impracticable— de crear una institución parecida en forma de un “Fondo Común de Reservas”. A su juicio, se trata de una posible forma de realización de la idea de una institución financiera y monetaria central para un grupo de países interesados en la integración de sus economías; una institución que no sólo habría de entrar en vida una vez que se hayan cumplido muchas condiciones previas para perfeccionar la integración económica, sino que incluso podría servir para acelerar este proceso y abrir el camino para estrechar lazos entre los países del grupo que, más que cualquier otro acuerdo solemne y formal, serían capaces de crear y fortalecer la conciencia de pertenecer a una gran comunidad; sería realmente eficaz este proyecto, de realizarse, si abarcase a la totalidad de los países de la zona. No obstante su carácter puramente teórico, es de gran utilidad examinarlo, porque el camino que señala para lograr una integración monetaria, sigue la misma dirección que los cambios que se van operando en la práctica y hay que reconocer que el pensamiento monetario de nuestros días anuncia ya como fin de la evolución futura la aplicación de una idea de esta clase que plasmará, más o menos tarde, en un organismo de esta naturaleza.

Analiza seguidamente el tema de la integración monetaria que comprende dos puntos esenciales: la adopción de una moneda común para los países interesados en formar el mercado integrado; la organización de una institución financiera y monetaria central encargada de la introducción de esa moneda y, más tarde, de su regulación y control dentro de las normas que adopte la comunidad. La moneda común no sería la de un determinado país, sino una “nueva moneda” destinada a servir por igual a todos los países de la comunidad. Como tal habría de cumplir con una doble finalidad: remplazar, en las transacciones intrarregionales, el uso de una moneda ajena por el de la moneda propia de la comunidad; éste sería su objetivo inmediato y tal vez relativamente fácil de lograr. Pero, con el tiempo y en la medida que se reconociera su efectividad, habría de convertirse también en la moneda “única” de la comunidad, para remplazar a las monedas nacionales en todas sus funciones. En cuanto al Banco, debería tener su sede en un país latinoamericano; su capital debería ser aportado exclusivamente por los países latinoamericanos; y su personal directivo y ejecutivo

debería estar formado por nacionales de estos países, siendo su tarea inmediata financiar exportaciones intrarregionales mediante créditos “creados” por él mismo y expresados en una unidad monetaria “abstracta” —que sería, inicialmente, una simple “unidad de cuenta” en el sentido keynesiano— como base de una futura moneda común; la acción del banco sería parecida a la que ha realizado desde hace algunos años el Banco Interamericano de Desarrollo, pero con la diferencia de que sus financiamientos no se limitarían a las exportaciones de bienes de capital, con lo cual sólo apenas cinco o seis países latinoamericanos se verían favorecidos, sino que abarcarían, por principio y con calificadas excepciones, toda clase de exportaciones de bienes en el intercambio comercial de cualquier país con los demás de la comunidad, y de acuerdo con las normas que al respecto se establecieran. Trabajaría únicamente con los bancos centrales de los países adheridos al sistema, que desempeñarían en estas operaciones un papel de intermediarios.—ALFONSO AYENSA.

## ESTADOS UNIDOS: ¿UN “CAPITALISMO POPULAR”?

*El capitalismo popular. Más allá del milagro económico*, ADOLF KOZLIK, Siglo XXI Editores, S. A., México, 1972, 344 pp.

Este libro, recientemente publicado en español, no es una obra aislada ni independiente de Adolf Kozlik, sino una continuación de trabajos anteriores. En efecto, al morir repentinamente el autor ya había publicado la primera parte de sus investigaciones con el nombre de *El capitalismo del desperdicio* y no quedaron sino una serie de notas inacabadas y desperasas que María Jilg, Helmut Kramer y Kurt W. Rothschild recopilaron y organizaron en una labor de gran mérito.

A pesar de las limitaciones, trataron siempre de guardar la mayor fidelidad posible en los trabajos de reconstrucción de las dos partes publicadas en este volumen: “Capitalismo Popular” y “Paciencia del Pueblo”. En ellas las notas sirvieron sólo de estructura al edificio que los seguidores de Kozlik se vieron en la responsabilidad de erigir y de completar.

En el cambiante mundo en que vivimos los fenómenos del país más rico resultan apasionantes, máximo si éstos son vistos a través de los ojos críticos de un socialista europeo. Estados Unidos es en última instancia la más alta y consecuente forma del capitalismo burgués, y su sociedad es todo un caso digno de ser estudiado.

Bajo el signo de la democracia y la comodidad de un alto nivel de vida, el ciudadano norteamericano tiene participación en la actividad económica y en el poder. A través de las acciones que posee de las sociedades anónimas, grandes y pequeñas, forma parte y disfruta, según se nos dice, del “capitalismo popular”.

Pero, ¿es que realmente el pueblo goza de sus beneficios? , ¿tiene ingerencia en las decisiones y en el poder? , ¿es que, en última instancia, funciona realmente esta pregonada democracia en Estados Unidos?

Kozlik se encarga de formular estas y otras preguntas y de

darles su respuesta, analizando los aspectos más destacados de la vida económica, política y social de ese país.

Contrariamente a los que pretenden calificar al capitalismo norteamericano de “popular”, Kozlik demuestra que las fuerzas actúan en contra del pueblo. La propiedad se está concentrando vertiginosamente, pues las medidas fiscales y la corrupción lo propician. Pero aun así, lo importante ya no es tanto la propiedad, sino el poder, que se aparta cada vez más del pueblo y que es exclusivo de unos pocos.

Así, no existe tal “capitalismo popular” en el que los medios de producción pertenecen al pueblo, quien es el que determina su destino económico y político. Se trata, en cambio, de una sociedad de derroche donde la dilapidación de recursos es la piedra angular del sistema y donde es un requisito la creación constante de necesidades.

La crisis del capitalismo es inminente; muchos ya lo han dicho. Sin embargo, la idea de Kozlik es que la sociedad organizada puede evitarlo mediante la intervención estatal. El socialismo deberá advenir como paso superior pues, de cualquier forma, el capitalismo sólo puede mantenerse adquiriendo cada vez más rasgos socialistas.

La “Paciencia del Pueblo” se centra más sobre el problema de la concentración del poder en Estados Unidos. En una sociedad donde los partidos políticos luchan sin doctrina y con banderas tan parecidas que la elección entre ellos equivale a la que se haría entre dos equipos de fútbol, la democracia sencillamente no funciona. El poder, representado por esos partidos políticos, tiende a concentrarse en unas pocas manos creando cada vez contrastes mayores. Aquí, en esta economía permanente de guerra, la alianza militar-industrial tiene un lugar privilegiado, mientras que en la base de la pirámide subsisten los enormes problemas raciales, el desempleo y la pobreza.

La opinión de Kozlik es que el capitalismo democrático permite un desenvolvimiento más libre de las personas y el estatismo ruso hace otro tanto con la producción. El socialismo, según él, puede combinar el libre desenvolvimiento del hombre con el de la producción. Por eso es ética y económicamente superior a ambos.

Para él el capitalismo benefactor evoluciona hacia la economía de la satisfacción de las necesidades, hacia el socialismo. Sin embargo, señala, por último, que se ha perdido la perspectiva de lo que es el socialismo, pues muchos consideran al Estado benefactor como la finalidad del movimiento socialista, cuando no es sino un medio. Además, la beneficencia significa una alianza con la clase burguesa.

La sociedad socialista deberá construirse en la inteligencia de que no se trata de una sociedad invariable, sino en constante cambio.

En suma, Kozlik lleva a cabo, en este libro, un análisis por demás interesante de los vicios de una sociedad y de los mecanismos de autodefensa del grupo en el poder. Destaca el poder de la alianza militar-industrial y de las desigualdades en el reparto del pastel, pero, como siempre, el futuro queda sujeto a la especulación. Así, lo que Kozlik nos trasmite es su punto de vista personal sobre el destino de esa nación.—PABLO SERRANO CALVO.